

guía para cuando regresara. Me fuí luego á alojarse á la casa de un Judío que me recomendaron en Ceuta, llamado Salomón Nathán.

Un hijo de él me acompañó á dar una vuelta. Fuimos á la plaza, si así puede llamarse un muladar lleno de yerbas y basura, en la que se verificaba una especie de ejercicio militar muy curioso.

Era una compañía como de unos veinticinco soldados de á pie, con muy extraños vestidos y que hacían todos sus movimientos al son de dos pitos ó pífanos que tañían dos soldados que iban á la cabeza, precedidos de un oficial ya viejo, de vestido abigarrado, que la hacía de instructor ó comandante de la fuerza.

Marchaban, formando una sola hilera, y ejecutaban las ondulaciones, y el modo de enrollarse y desenrollarse de una culebra; á veces me pareció que imitaban los pasos de algunos bailes de nuestros *rancheros*, como el llamado del *Ocho*, y tuve que hacer un esfuerzo para contener la risa ante semejante pantomima militar.

Estoy seguro de que esta clase de ejercicio es sólo de ostentación en las poblaciones, pues no sé de que utilidad pueda ser en el campo de batalla, ó en los combates de guerrilla.

En esa misma plaza, vi una pequeña botica de un Español: botica semejante á las que tenemos en pueblos como en Tula de Tamaulipas ó en Cadereita de Nuevo León.

En otro extremo de la plaza había de venta algunas sandías; compré una, pagándola con una moneda española; el cambio que me dieron se componía de piezas de cobre casi cuadradas, llamadas *blanquíos*. La cantidad que esos *blanquíos* representan es bien pequeña, en cambio son grandes y pesan como tres cuartos de una onza.

Para trasportar *blanquíos* por valor de un duro, se necesita de un cargador.

Los Moros pobres usan una capa de tela grosera, *chilava* y los ricos la misma forma de capa, pero de tela fina, *jaique*.

Las mujeres vestidas con dominós blancos y cubierta la cara con una especie de antifaz, parecen penitentes que cruzan sin hablar con nadie.

Puede un hombre pasar en la calle junto á su esposa, su hija ó una hermana, sin conocerla, pues todas las mujeres se visten lo mismo y tienen la cara igualmente cubierta.

Vi cruzar por algunas calles á Judías con su interesante cara y á varias aunque pocas familias españolas, vestidas al estilo europeo. No sé que triste impresión me causaron estas últimas.

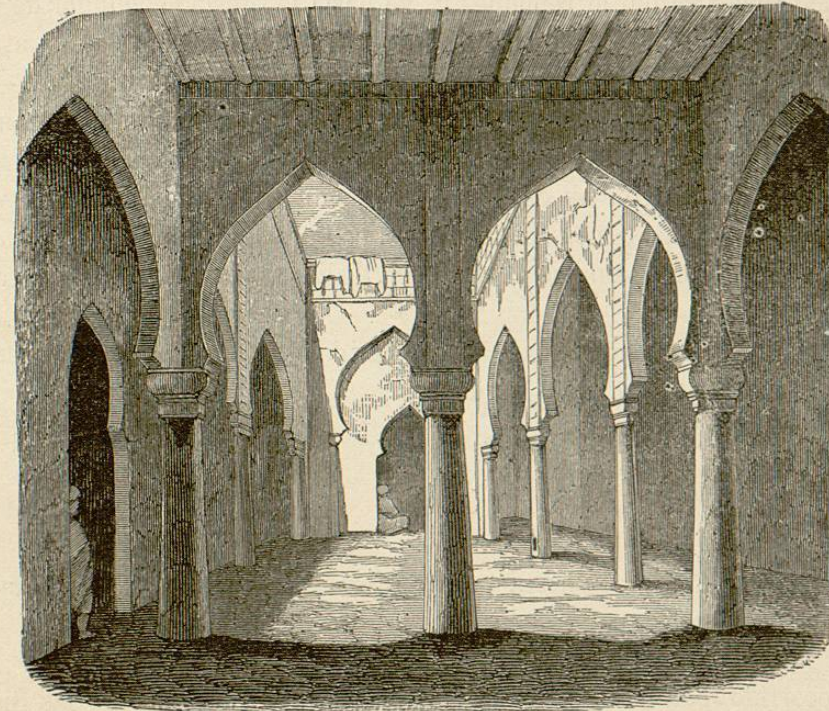
Me preguntaba ¿qué puede haber obligado á estas infortunadas familias á venir á vivir entre estos hombres semibárbaros, con costumbres y usos tan opuestos á los nuestros?

Por la noche pasé horas muy agradables después de la cena, platicando con el Judío dueño de mi alojamiento.

Le hice observar lo que me disgustaba la costumbre árabe de cubrirse la cara las mujeres.

El me informó que era deber religioso; que sólo el marido ve la cara de su mujer, y ninguna persona extraña, ni aun el cuñado puede hacerlo.

Pero entonces ¿cómo hace el hombre que se quiere casar para conocer á su prometida? le decía yo.



PATIO DE UNA CASA EN MARRUECOS.

— Aquí se casan sin conocerse. El joven árabe que desea unirse á la hija de tal ó cual familia pide una descripción física y moral de la persona que pretende. El jefe de la familia le da una relación detallada de la joven, expresando su color, formas, su edad, su carácter, educación etc. etc.—

— En caso de que el pretendiente encuentre de su agrado la joven así descrita, se casa con ella, y sólo cuando ya es su mujer puede verle la cara. —

— Recibe al verificarse el enlace una hoja de papel en que consta el contrato del matrimonio; si la joven es igual á la descripción que de ella recibió, queda subsistente el lazo conyugal; pero si hubo engaño y no es tal cual fué descrita, entonces rompe el papel y queda nulo el enlace.—

Pero no interviniendo la pasión, que sólo existe cuando se conoce el objeto ambicionado, me parece, hacía yo observar al Judío, que los matrimonios deben ser aquí muy raros.

— Efectivamente, me contestó, debían de ser raros, pero la ley evita que lo sean. —

— V. ve que aquí el sol es abrasador : pues bien, está dispuesto por la ley que sólo los casados puedan usar turbante ; los solteros están obligados á andar siempre con la cabeza descubierta : esta circunstancia hace que todos se apresuren á casarse, si no por amor, al menos por salvar su cabeza de las injurias del sol. —

Tienen mucha razón, le repliqué, y yo haría lo mismo en lugar de ellos. Ahora bien ¿ y si algún europeo que llegue aquí se casa con una mora, podrá librarla de esa malhadada costumbre de traer siempre velada la cara ? — Nó, me respondió ; á las mujeres árabes les está prohibido por su religión unirse en matrimonio con personas de distinta creencia á la suya, y cuando se las sorprende en relaciones con un extranjero, las matan á pedradas. Los que vienen de Europa á este país tienen sus relaciones con las Judías, que son hermosas, tanto como las Moras, aunque de tipo bien distinto, y andan con su cara descubierta. —

Meditando sobre las extrañas costumbres de este país, me fuí á mi cuarto, un tanto rendido de las fatigas del día.

24 de Julio.

Hoy es sábado, día de fiesta y de abstinencia de los Judíos, y cuando se presentan mejor vestidos.

Ayer viernes fué el día de fiesta de los Moros.

He recorrido toda la población, vi el exterior de las Mezquitas, las Sinagogas y las fraguas que en gran número hay en todas las calles, fraguas que pueden llamarse armerías, pues en todas ellas se fabrican *espingardas*.

Mi guía me llevó á un barrio de la ciudad en el que todas las casas están sin puertas, ventanas ni vigas, en completo estado de ruina. Me dijo que cuando el ejército español al mando de O'Donnell, estuvo en Tetuán, se proveyó de leña con la madera de aquellas casas. Preguntándole si todos los dueños de esos edificios que eran muchos, habían muerto, pues sólo así me explicaba, el que no los reconstruyeran, estando en una parte tan céntrica de la ciudad, me informó que casi todos vivían, pero que se habían propuesto dejar sin reedificar aquellas casas, para que sus ruinas conservaran vivo el recuerdo de aquella invasión y el odio contra los Españoles.

¡ Qué lección tan elocuente para nuestros pueblos que se llaman civilizados y que raras veces se imponen tales sacrificios ! Pasada la invasión no sólo se olvida á los enemigos, sino que se premia á los traidores.

Cruzando por una callejuela, pude ver una escuela, en que maestro y discí-

pulos estaban sentados en esteras, y en que éstos últimos escribían en una especie de pizarras angostas.

En esta ciudad se encuentra una casa de estilo europeo, con un pequeño jardín al frente : es el Consulado de España.

Las tiendas del comercio son bien curiosas ; consisten en pequeños cuartos con puerta y entarimado como á un metro de altura del piso de la calle : sobre una estera, está sentado el que despacha, teniendo á la mano las pesas y medidas y á su alrededor todos los artículos de venta, colocados en las casillas de un pequeño armazón casi circular. Todos los efectos se encuentran al alcance de su mano, sin que tenga necesidad de pararse ni cambiar de un lugar á otro para vender.

Llega el marchante frente á la puerta de aquella especie de cajon, se reclina sobre el borde, pide lo que necesita, y el comerciante alargando la mano derecha ó la izquierda, toma el artículo pedido, mide ó pesa la cantidad necesitada, la entrega, recibe el precio de ella y lo deposita en un pequeño cofrecito, sin que ninguna de estas operaciones le haya obligado á moverse una pulgada del sitio que ocupa.

En la calle en que están la mayor parte de estos comerciantes me encontré á un Moro, como de unos cuarenta años, de ojos grandes, mirada franca y fisonomía muy simpática ; lo rico de su *jaique* y la desenvoltura de todos sus movimientos atrajeron desde luego mi atención.

Él á su vez, al verme curioseando en aquellas casas de comercio y con vestido distinto al del país, se vino á mí y saludándome en muy buen francés me preguntó de que pueblo era. Le contesté que era de México. — ¡ De México ! me dijo sorprendido, pero ese es un país muy distante, y no sé que clase de comercio ó negocio se pueda hacer entre México y Marruecos. — No vengo precisamente á negocio, le repliqué sonriendo, sino de paseo. — ¡ Venir desde México á Marruecos de paseo ! V. debe ser muy rico ; de otra manera no me explico, como venga de pueblos tan distantes á conocer á Tetuán. Que se atravesase el océano para conocer á París ó Londres, lo comprendo muy bien, pero para venir á Marruecos, se necesita tener mucho dinero de sobra y mucho deseo de viajar. —

Pasé un agradable rato de conversación con este Marroquí, que había estado en Madrid, París, Londres y algunas otras capitales de Europa, y que no obstante observa los hábitos y costumbres de su país. Preguntándole porque no seguía los usos que había visto en aquellas capitales, me respondió que sería enajenarse el aprecio de sus compatriotas.

En un rato que me dejó solo mi guía, me interné en algunas callejuelas y al pasar frente á una casa, se abrió una puerta y sorprendí á una joven mora en el acto de ponerse el antifaz para salir á la calle. Me detuve para contemplar su bellissima cara, sus ojos grandes brillantados y su cutis tersísimo y de un

color sonrosado; ella se sonrió al verme, y ésto hizo que la siguiera á cierta distancia, cuando puesto ya el velo salió á la calle.

Me iba forjando mil deliciosos ensueños con aquel casual hallazgo y aun me pareció fácil adorar el zancarrón de Mahoma y abrazar el Islamismo con tal de abrazar también aquella mujer tan hermosa; pero apenas había caminado unas tres cuadras, y en la vuelta de una esquina, se me perdió, sin que supiera yo en que casa había entrado.

Pasé ocho ó diez veces frente á las casas de aquella cuadra; todas las puertas permanecían cerradas; deteníame casi frente á cada una de ellas para observar si alguna estaba algo entreabierta ó al través de alguna hendidura había alguien que me mirara, pero todo fué inútil, hasta que desengañado me volví á mi hotel.

Cuando comiendo con el judío Nathán le conté lo que me había pasado, lo festejó con muy buen humor y me felicitó por la fortuna que había tenido, pero me aseguró que las costumbres de esta gente no se prestan para aventuras como en otros países.

Después de la comida fui con mi guía á casa del Gobernador que me recibió con el mismo aire bondadoso de la víspera, y habiéndole pedido el soldado ofrecido para que me acompañara á Ceuta, me dijo que á las dos de la tarde estaría en mi hotel, con cabalgadura para mí.

Dile las gracias por su bondad y me despedí de él.

A las dos de la tarde salí de Tetuán acompañado de un guía, Moro de á pie que cuidaba de mi caballo y de un soldado del Sultán, perfectamente montado en precioso potro berberisco.

Dejé á Tetuán con gusto, por ser población tan sucia é inmundada, y sólo con un grato recuerdo, la preciosa Mora que sorprendí sin antifaz. No parece sino que esta ignota región de Berbería me entreabrió un instante su seno para dejarme ver por un momento los tesoros que encerraba.

Una reflexión se me ocurre, y es que las mujeres hermosas, como las sabandijas, abundan en las casas viejas y derruídas.

En los edificios nuevos, elegantes y amoldados á la moda, generalmente he encontrado mujeres cloróticas, pálidas ó minadas por la tisis.

Ésto se podría explicar diciendo que las paredes, techos y pisos de las casas recién edificadas, conservan por largo tiempo la humedad de los materiales que entraron en su construcción, tanto más, cuanto que las cortinas, tapices y alfombras que las cubren impiden la evaporación; y las personas que las habitan se resienten á la larga del nocivo efecto de esa atmósfera siempre impregnada de humedad.

Por el contrario en las casas viejas y desmanteladas, enteramente secas por el trascurso de los años, y por la falta de estucos ó tapices, se conservan mejor los seres que allí moran.

Cualquiera que sea el motivo, el caso es que siempre he visto en casas semi-

derruídas y de aspecto miserable, mujeres que parecen ángeles, y en edificios nuevos y con todo el *confort* del día, á mujeres raquíticas, anémicas y enfermizas.



DANZAS ESPAÑOLAS. LA JOTA ARAGONESA.

El camino que mi nuevo guía escogió para conducirme á Ceuta no fué por el que vine á Tetuán, sino que me trajo por la orilla del mar, y mi caballo caminaba alegre y voluntario respirando con sus anchas narices el salado aire que soplaba del mediterráneo, y pisando la endurecida, tersa y húmeda arena que había dejado descubierta la baja marea.

Se acabó la tarde y siguió una de las noches más poéticas y románticas que he pasado en mi vida. La luna llena alumbraba todo el espacio con una luz que comunicaba un misterioso encanto á los objetos. La mar á cuyo borde venía yo caminando y distante de mí sólo unos dos metros, movía sus leves y espumosas olas con un ruido acompasado y cadencioso, como si entonara un canto ó un amoroso gemido. La atmósfera tibia y perfumada con el

embriagante y afrodisiaco olor del marisco que me envolvía; el despejado cielo azul alumbrado por la ancha luna y un ejército de estrellas sobre mi cabeza; un tersísimo agradable suelo de menuda arena, bajo mis pies; la mar con sus inquietas ondas á mi derecha; un sombrío bosque á mi izquierda; Tetuán, pueblo semibárbaro á mi espalda y Ceuta y la civilizada Europa á mi frente: este conjunto de bellezas hacía bullir en mi cerebro las más gratas y halagadoras ideas.

Mi orgullo, sobre todo, se encontraba satisfecho. En mi viaje había visitado los Estados Unidos del Norte, Inglaterra, Francia y España, y todo, desgraciadamente todo, lo había encontrado muy superior á mi país.

Hasta España que está á la cola de la civilización europea, la encontré á una altura incommensurable respecto á México; y ahora, levantaba yo mi frente con arrogancia, había visto á Tetuán, á una ciudad de Marruecos, que era sin duda muy inferior á las de mi patria.

Es cierto que tuve que pasar á África, que tuve que pisar en Berbería, para encontrar pueblos que, por su condición de atraso, halagaran mi orgullo nacional, pero ¿qué importa? encontré al cabo que México es superior á otra nación, aunque esa nación, se llame Marruecos.

¡Cuán criminales, reflexionaba yo, son aquellos de nuestros periodistas y escritores que pintan á México como una de las naciones que marchan á la vanguardia de la civilización! ¡Cuánta fatuidad ó ignorancia, si no fuese un conjunto de embustes!

Decirle á una nación que comienza á desarrollarse y que casi está en la infancia de la civilización y del progreso, que todo lo sabe y que nada tiene que envidiar á los demás pueblos, es engañarla, es adularla vilmente, es hacerla que se adormezca en la creencia de que es un país modelo, para que despierte un día bajo el látigo ó la cadena de naciones más civilizadas, más industriosas y más emprendedoras.

El patriotismo bien entendido debe hacer á los escritores mostrar á su pueblo su verdadero estado, su atraso, sus defectos nacionales; y ponerle al frente el prodigioso adelanto de otras naciones, sus cualidades y virtudes, para que las imiten. Éste es el modo de impulsar el desarrollo de una nación: la conducta contraria es criminal.

Recordaba yo lo que me pasó á fines del año de 1870, en la capital de México que por primera vez visitaba. Llegaba de los Estados Unidos del Norte, á donde las circunstancias políticas me habían arrojado y cuyas principales capitales acababa de recorrer; al bajar del wagón del ferrocarril de Veracruz en la estación de la ciudad de México, mientras saludaba á un hermano mío que en unión de varios amigos me esperaba, un cargador, con el pretexto de poner mi equipaje en un carruaje, se largó con él y no pareció más.

No llevaba conmigo un solo peso, y mi poco equipaje que era mi capital, me

lo robaron; así es que entré en la población, sin ropa, sin dinero, y bajo la suspicaz vigilancia del gobierno de Juárez á quien acababa de combatir.

Al día siguiente varios diputados y militares, compañeros y antiguos amigos míos, me acompañaban enseñándome las cosas notables de la población.

El Palacio Nacional que fué lo primero que me mostraron, lo encontré vasto, pero sin elegancia ni gusto arquitectónico alguno.

Siguieron luego con la Diputación, los Portales de Mercadores y de las Flores, á los que encontré poca gracia, atestados como generalmente se encuentran de objetos de baratillo, y de gente mugrienta, haraposa y casi desnuda; pululando por doquiera mendigos, é importunos y taimados billeteros de lotería, que no cesan de molestar á los transeuntes que van medianamente vestidos, que no son la mayoría.

Aquellos diputados y militares espiaban los menores movimientos de mi cara y esperaban á cada paso que les expresara el gusto y la sorpresa que me causaba el movimiento y trajín de lugares tan concurridos, y se admiraban encontrar en mí sólo frialdad y disgusto por lo que veía.

Lleváronme á la calle de Plateros, la gran arteria de la ciudad; los hijos de la capital, según los cuales fuera de México, todo es Cuautitlán, la enseñan á los que nunca han estado allí, como una cosa maravillosa: me hicieron recorrer unos aparadores que hay en las primera y segunda de Plateros; y grande fué su desazón, si no enojo, cuando, en vez de placer y admiración, sólo encontraron en mí muestras de indiferencia por todo lo que veía.

Decíame uno: «no se puede negar que eres de Belchite, y que ó no conoces el mérito de lo que te enseñamos, ó te has propuesto disimular tu admiración para no enseñar la oreja de provinciano.»

Otro de mis compañeros agregaba: «la verdad es que á Nacho lo robaron ayer, y que bajo la impresión de ese robo todavía, ve las cosas de un color sombrío.»

No, les replicaba yo, la verdad es que están Vds. engreídos con edificios, calles y objetos que nada significan, que nada tienen de notable; pase que hagan alarde de ellos ante personas que sólo conozcan tal ó cual capital de los Estados, pero no lo hagan Vds. con las personas que hayan viajado algo ó con los extranjeros, porque se exponen á hacer el papel de cándidos.

Este mi juicio escandalizó á mis acompañantes, y me reñían todos á la vez, por aquella especie de profanación de objetos patrios que ellos veían como modelos de buen gusto y de elegancia.

Acertaba á pasar por allí en esos instantes mi amigo muy querido y compañero de campaña y parte de mi viaje, Licenciado y General Ireneo Paz, á quien se quejaron mis cicerones de la extravagancia de mis juicios; y él les manifestó que tenía yo mucha razón, que poco notable encontraba en estos edificios, quien como yo, venía de visitar á Chicago, Nueva York, Filadelfia

y Wáshington, y que mal podía admirar los pequeños aparadores que hay en la calle de Plateros, habiendo visto los soberbios escaparates de Nueva York, formados con enormes cristales de una sola pieza, y encerrando valiosísimos objetos, aparadores que casi sin interrupción ocupan todo el primer piso de los edificios y que se prolongan por calles de más de una legua de extensión.

Esta explicación calmó la grito de mis amigos é hizo que en lo sucesivo toleraren mejor mis asertos.

Recordaba yo también que cuando, en 1874, se inauguró el ferrocarril de México á Veracruz, el Señor Licenciado Sebastián Lerdo de Tejada, actual Presidente de la República, fué á Veracruz, y concurrió á un almuerzo en un buque de guerra español, á qué fué invitado; dijeron los periódicos amigos de la administración, que había sido agradablemente sorprendido por la vista del mar y por los buques, que por primera vez conocía.

¿No da una triste idea de una República el que sus altos personajes no conozcan más que unos cuantos pueblos del país, el que su Presidente que goza fama de ilustradísimo, y que ha pasado el meridiano de la vida, no conozca la mar, ni los buques?

¿Podrán trabajar con fruto por el progreso de un país, los representantes del poder, que no tienen idea de otras naciones, ni conocen cosa mejor que lo que tienen á la vista?

Las personas que se encuentran al frente de la administración de un país, debían antes recorrer otras naciones, aprovecharse de la vasta instrucción objetiva que resulta de ver otros pueblos, otros edificios, distintas leyes y costumbres, vestidos y modas apropiados á los climas; de familiarizarse con otras lenguas, con las monedas de otros países, con sus pesos y medidas, así como estudiar sus diversas formas de gobierno; y ponerlo todo á contribución en provecho del pueblo que les fie sus destinos.

Saber al menos que es lo que se ignora, es un principio de ciencia: tener noticia de que hay pueblos superiores al de uno, es algo; pero estar en la inteligencia de que lo que se sabe es todo lo que hay que saber y que lo que se ve es todo lo más notable que hay que ver, y ésto habitando una nación de cuarto ó quinto orden, es el colmo de la fatuidad. Por eso creo que son muy criminales los escritores y publicistas que dan á la imprenta tan adaladores asertos.

Divagando con tales ideas caminaba yo por la playa marroquí, cuando vi un bote amarrado á la orilla del mar y observé á mi izquierda, no muy distante, una fogata y un grupo de gente que la rodeaba. Tanto el soldado como el hombre que me guiaba me dijeron que fuéramos allí por un momento; así lo hicimos, y me encontré con cosa de diez ó doce Beduinos sentados como mujeres, formando círculo alrededor de la lumbre en cuyo rescoldo asaban varios

pequeños pescados: después de un cordial saludo nos invitaron á su frugal cena: tomé uno de aquellos pescaditos que encontré muy sabroso y bebí un poco de agua.

Concluída la cena, uno de los Moros dividió con una navaja y sobre una tabla, en trozos pequeños unas hojas de tabaco y otras de hachich (mariguana) y llenando con partes iguales de cada sustancia unas pequeñas pipas, formadas de tubos al parecer de bambú ó de carrizo, dió una pipa á cada uno de los circunstantes.

Yo me excusé manifestándoles que jamás fumaba, y después de un rato de descanso, al lado de aquellos pescadores, cuyo encuentro me fué tan casual como grato, seguí mi camino.

23 de Julio.

Muy temprano llegué á Ceuta (como 60 kilóm.), y después de desayunarme en mi hotel, despedirme de los dueños de mi alojamiento y recoger mi pequeño equipaje, me dirigí al embarcadero á tomar el vapor que salía para Algeciras. Caminaba yo apresurado y casi llegaba al muelle, mezclado entre otras muchas personas que de prisa se dirigían allí, pues el vapor iba ya á partir, cuando oí á mi espalda el grito de ¡Martínez! ¡Martínez!

Escuchar mi nombre en África, pronunciado con tanta fuerza como claridad, me sorprendió de un modo grato: aquellos gritos se parecían á los que acostumbraba dirigirme, cuando andábamos en campaña en México, mi compañero y amigo el General Manuel Orellana.

Me volví y busqué con la vista á quien así me llamaba: era el Español empleado del municipio que tan bondadosamente me había conseguido la carta para que se me proporcionase un guía marroquí, y que con ese motivo sabía mi nombre.

Le di un estrecho abrazo, respondí á las preguntas llenas de cariñoso interés que me dirigió sobre mi excursión á Tetuán, y le dije adiós con ese sentimiento con que deja uno á personas que le han prestado un servicio y á quien no volverá á ver jamás.

A las nueve y media de la mañana desembarqué en Algeciras.